

Una cena de Pascua

El bibliotecario Rafael Cansinos, unos minutos antes de empezar la cena de Pascua, sintió una gran vergüenza al ver su rostro reflejado en el espejo del cuarto de baño. Sabía que abajo, en el comedor, le esperaban su mujer y sus cuatro hijos varones con sus kipás puestas, pero él era incapaz de dejar de mirar su cara pálida y arrugada, los mechones canosos y rizados que le caían por la frente, los ojos oscuros y cansados. «Treinta años —murmuró—, ya han pasado treinta años». Esperó unos minutos más y después se lavó la cara, se puso su kipá —la misma kipá negra con una estrella de David bordada con hilo dorado que su amigo el editor Samuel Cañete le trajera de Jerusalén hace un año—, y bajó al comedor.

Cenaron en silencio e hicieron las cosas que la tradición manda hacer en esa fecha y que el bibliotecario Rafael Cansinos recordaba en cada nueva ocasión a su mujer gentil, Sara, cuyo nombre no era para él casual, y a sus hijos gentiles: encendieron el candelabro, dijeron las oraciones, cenaron el cordero y el pan ácimo.

Después de la cena se presentaron en la casa, como hacían cada año, los mejores amigos de Rafael con sus mujeres y

sus hijos: el comerciante de cerámicas y esculturas Leonardo Berg, el médico David Coen y el editor Samuel Cañete. Se sentaron todos, después de saludarse, alrededor de la mesa del comedor. Sara les sirvió café y licores, y la conversación pronto se animó con risas y cigarros. Los jóvenes empezaron a dar palmas exigiendo que alguien contara una historia o cantara una canción. Como Rafael les había dicho que tenía un anuncio que hacer al final de la velada, supusieron que, en contra de su costumbre, sería el último en intervenir, y Raquel, la mujer de Leonardo, se puso a cantar una nana llamada «A la nana y a la buba». Su voz rasgada y grave les enmudeció y les entristeció un poco. Cuando acabó la última prolongada nota aplaudieron y mostraron su agradecimiento, excepto uno de los jóvenes que amenazó con irse a dormir y Rebeca, la mujer de David, que dijo con sorna que Raquel cantaba muy bien, pero que por su constitución física podía intentar pasarse al gospel, a lo que Raquel respondió que los hombres, a pesar de lo que se diga, prefieren las mujeres orondas y fértiles más que a las flacas que ni el aire deja preñadas, y que cuando lo hace lo hace de hijos tartamudos. Rebeca empezó a murmurar algo sobre el veneno *todesco*, pero David levantó la voz pidiendo paz, y después de prometer que él no cantarían, preguntó si les apetecía escuchar una historia de miedo, a lo que todos respondieron en coro que sí.

—Os hablaré del desdichado caso de un vecino que yo mismo tuve que atender —empezó a contar David—. El mismo día en que mató de un manotazo a un mosquito que pretendía picarle por tercera vez, mi vecino sintió que le molestaba el brazo y que tenía amoratada la zona de la picadura. A la mañana siguiente, después de una noche de insomnio poco habitual en él, notó que el moratón se había convertido en una mancha verdosa que iba desde el hombro hasta el codo. Decidió no darle mucha importancia y acudir a su trabajo. En los días siguientes aumentaron su malestar y el tamaño de la mancha, que fue pasando al antebrazo, al cuello y a la espalda. Por fin, urgido por su mujer, fue al hospital,

donde poco pudimos hacer por él pues no le quedaba un órgano o un tejido sin infectar, parecía que le hubiesen comido por dentro. Pero no fue el mosquito, no seáis ingenuos —dijo señalando a los jóvenes—. El mosquito sólo abrió la puerta para que alguna bacteria entrase en su organismo y causase todo el daño. Y es que el aire de Madrid, amigos, está lleno de bacterias hambrientas, de presencias extrañas y oscuras que buscan la perdición del hombre ¡Cuidaos del aire!

David rió y bebió, y las mujeres protestaron y pidieron historias menos lúgubres. Samuel empezó a contar cómo había puesto en su sitio a un empleado de la compañía aérea con la que había hecho su último viaje, pero su mujer, que también se llamaba Sara, le interrumpió recordándole que todos ya sabían que viajaba a menudo y que tenía un carácter difícil, pero que el caso no ofrecía demasiado interés. Samuel farfulló algunas palabras en hebreo y se sirvió una copa mientras Sara proponía contar alguna historia sobre la vida de Maimónides, proposición que fue bien acogida en la mesa.

—Todo el mundo sabe —dijo Sara— que el gran sabio Moisés ben Maimón era un hombre con fortuna. Su amigo Abraham ibn Ezra, otro gran sabio, era sin embargo un hombre de poca fortuna: siempre se hundían los barcos que transportaban las mercancías con las que él comerciaba, o las mercancías bajaban de precio al día siguiente de haberlas comprado, o la tierra se tragaba a sus deudores. Maimónides, enterado de esto, pensó que Dios dispone la suerte de los hombres, pero que también dispone que éstos intervengan para ayudar a sus semejantes cuando lo necesiten, así que decidió hacer algo por su amigo. Sabía que Abraham era un hombre orgulloso que jamás aceptaría su ayuda ni la de nadie, pero también sabía que era un hombre ordenado de costumbres fijas y que siempre cruzaba las mismas calles para ir a la sinagoga a la misma hora, así que pensó en dejar sobre el pavimento de una de ellas una bolsa llena de monedas que su amigo no podría dejar de ver y que tanto bien le haría. La noche anterior Abraham ibn Ezra se quedó pensando, después

de rezar, en los malaventurados del mundo, en las gentes buenas a las que todo parece irles mal, en los que andan hacia atrás creyendo estar avanzando, y decidió ponerse en el lugar de una de estas gentes por un día y que esa fuese su plegaria de ese día. Al día siguiente Abraham marchó hacia la sinagoga a la hora acostumbrada, pero lo hizo andando hacia atrás y con los ojos cerrados, pues sabía que Dios guiaría sus pasos y no permitiría que le ocurriese nada malo. Pasó por donde estaba la bolsa y siguió su camino en silencio. Poco después Maimónides se lo encontró a la salida de la sinagoga, y como lo veía muy contento, le preguntó por la razón de su alegría. Abraham le contó sus meditaciones de la pasada noche y cómo había llegado, guiado por Dios, a la sinagoga sin tropezarse. Maimónides se despidió abruptamente y corrió hacia la calle donde aún estaba la bolsa de las monedas. Cuando llegó a su casa, se sentó y pidió perdón a Dios por no haber entendido que Su sabiduría es infinitamente más grande y misteriosa que la de todos los hombres sabios juntos, y que poco se puede hacer por quien nace con mala ventura.

Después de escuchar la historia, brindaron por el alma de Maimónides y Samuel se puso de pie tambaleándose y anunció que iba a cantar una marcha militar israelita, cosa que sus hijos impidieron sentándole de nuevo y sirviéndole otra copa. Samuel volvió a farfullar algo en hebreo pero calló cuando Rafael pidió la palabra golpeando suavemente su copa con un cubierto. Todos lo miraron en silencio, era extraño que durante la velada, siendo tan alegre como era, el bibliotecario Rafael Cansinos no hubiese cantado, ni contado una historia, ni abierto la boca para nada. Supusieron que se reservaba para algo especial. Rafael se puso de pie, saludó con la cabeza, y dijo:

—Sara, hijos, amigos, os pido perdón a todos. He vivido mal, he vivido una mentira que he ido alimentando minuciosamente con lecturas y relatos durante más de treinta años, y hoy es hora de saldar las cuentas. Empezó hace mucho tiempo, cuando al poco de conseguir la plaza en la biblioteca ojeé

un listado de nombres de reos de la Inquisición en Sevilla y descubrí que mi apellido figuraba en esa lista. Recuerdo que me puse muy nervioso y que se me cayó el manuscrito de las manos. Acababa de serme revelada una verdad que hacía que todo lo que pudiera haber vivido antes, por ejemplo mi confirmación de la fe católica en la iglesia de Montesión en la ciudad de Sevilla en la que nací, pareciese estúpido e irreal: yo era miembro del pueblo elegido, hijo de Abraham y de Isaac y de Jacob, y lo demás, como dijo aquel, era silencio. Ese mismo día consulté libros sobre las fiestas, las tradiciones y el calendario hebreos, y descubrí que era el día de Pascua, así que me compré un gorro para taparme la cabeza, cociné el cordero, y recité las oraciones que acababa de aprender de memoria sin comprender su significado. Desde entonces me he sentido culpable cuando no he guardado el Sabbat, he martirizado a mi mujer por ser gentil y por darme hijos gentiles, he lamentado la inconstancia y la torpeza que me han impedido aprender hebreo, he reunido una importante biblioteca sobre Sefarad y tantas cosas que todos conocéis tan bien. Y todas vienen de una mentira. He abusado de vuestra amistad, de vuestro amor, de vuestro respeto. Habéis aceptado naturalmente todo lo que os he contado, incluso cuando decía de mí que era el último judío errante, cuando todos sabéis que apenas he viajado y que nunca he cambiado de trabajo. Hoy he recordado que hace treinta años en un día como éste empezó todo, y me he mirado en el espejo y no me he reconocido, o quizá sí, y he aborrecido lo que he visto. No merezco que la gente que quiero esté en mi casa. No os merezco, ni merezco tener casa, ni merezco nada.

Todos, hasta los niños pequeños, guardaron silencio. El humo de los cigarros subía hasta el techo enturbiando la luz. Pronto se empezó a escuchar el balanceo del péndulo del reloj de pared.

—¿Por qué? —rompió el silencio la voz quebrada de Rafael que agitaba los puños cerrados en el aire—, ¿por qué? Perdonad mi orgullo y que Dios también me perdone.

Los demás dejaron de mirarse entre sí y bajaron sus cabezas. Sara, la mujer de Rafael, se tapó la cara con las manos y se puso de pie. Cuando empezaba a retirar su silla para marcharse, Leonardo se puso de pie y le pidió que se sentara porque tenía algo que decirles. Apuró su copa, apagó su cigarro, y dijo mirando a Rafael:

—No sientas vergüenza, Rafael, pues sólo Dios lee la verdad en el corazón de los hombres y la verdad es sólo para Él, a nosotros nos quedan los relatos. Sólo Él sabe que no soy marchante de arte sino que importo bisutería y baratijas de la India y de otros sitios, y que me inventé una religión y hasta un apellido porque era bueno para el negocio que heredé del padre de mi mujer judía. Aunque eso sí —dijo cogiendo la mano de Raquel—, también Él sabe que mi gorda es la mujer más hermosa de la tierra.

—Pues quizá debáis saber —habló Samuel golpeando la mesa—, que aunque nací de madre judía, me convertí al cristianismo para llevarme a la cama a mi primera esposa, Cora, una muchacha remilgada —añadió agitando las manos abiertas hacia arriba— que además era, vive Dios, protestante. Desde entonces sé que no podría vivir en Israel. Y aunque no lo deseo, me abruma pensar que no podría hacerlo si lo desease. Por eso me consuelo con las marchas militares.

—No creáis que voy a ser el único en callar— dijo David dándole palmadas en la espalda a Rafael—. Sobre mi persona pesa una antigua maldición familiar que me impide ser judío. Mi padre, que me confesó en su lecho de muerte que también la padecía, creía que la maldición venía de su abuelo, un hombre al que expulsaron de la sinagoga española de Praga por afirmar que el jamón curado era un alimento bendito para Dios, que no venía del cerdo y que como tal podía comerse. Lo que me ocurre es esto: cada noche me crece un poco la piel de mi miembro, y poco a poco va envolviéndome el prepucio hasta que al cabo de un año mi miembro parece, o más bien es, uno no circuncidado. Así que cada año debo circuncidarme de nuevo, y para no dar explicaciones que

parecerían ridículas o supersticiosas a mis colegas, cada vez acudo a un médico distinto, últimamente en otras ciudades. Hasta el año pasado, cuando decidí asumir mi maldición y vivir el resto de mis días con esa nueva parte de mi cuerpo.

Un rumor de suspiros se extendió por la mesa. Se sirvieron más licores y se encendieron más cigarros. Rebeca se puso de pie y abrazó a Sara, la mujer de Rafael. Raquel y la otra Sara se unieron a ellas y lloraron juntas. Después cuchichearon entre sí hasta llegar a un clamor unánime: querían ver un miembro sin circuncidar.

Todos rieron. Al poco, Samuel se puso de pie y pidió a todos que se levantaran. Dijo, tambaleándose un poco, con su copa en la mano:

—El próximo año en Jerusalén.

Los demás repitieron las palabras y bebieron. Samuel dijo algo en hebreo y se puso a cantar, sin pedir permiso, una marcha militar israelita. Sus amigos se unieron a él gritando la melodía, los jóvenes empezaron a dar palmas, y las mujeres bailaron en círculo hasta perder el equilibrio y caer al suelo.